

REFRESCANDO LA MEMORIA

Tengo 62 años y estoy recién prejubilado. Hace poco acudí al médico, que con cautela me dijo que presento síntomas de alzheimer; leves, en fase inicial. He vuelto ayer a consulta; me dice, lo sé, que es bueno que no deje de trabajar con la mente, aunque la sienta machacada. Que ejercite la memoria.

Ya venía notando en casa, por ciertas indirectas y rodeos, que algo podría estar pasando. Que si un chequeo rutinario, que si andas algo despistado, que es mejor prevenir, que si a fulanito de tal,..... Me he dado cuenta también ahora de un hecho, que ya desde hace tiempo, tengo la sensación de que cuando me miro en el espejo, veo más a mi padre que a mí.

Aunque no estaba por la labor, influenciado quizá por un comentario de mi hija en el sentido de que te haces o eres realmente mayor cuando piensas más en el pasado que en el futuro, hoy en el parque, al ver a unos críos porfiando con artes y expresiones impropias de su edad, he decido iniciar mi terapia particular, repescando de la memoria algún recuerdo, aunque no tenga certeza de hasta dónde pueda llegar lo real y cuando pueda comenzar la fantasía.

De niño me gustaba mucho jugar a los indios; ya lo creo que sí. Además lo hacía con dos variantes escénicas, una menor, reconstruyendo con más imaginación que medios, los teatros propios de sus correrías de las que a pequeñas dosis, por las colecciones de cromos, alguna lectura y la incipiente televisión, con Rin-Tin-Tin encabezando el top ten, íbamos teniendo noticia. La mayor, que requería de más acción y trabajo de campo, aparejaba recreaciones en vivo con los amigos, en el marco que nos proporcionaba las cuevas y laderas del entorno local.

Mi padre, buen cazador en la forma y en el fondo, ecologista sin saberlo, en lugar de tirar los cartuchos vacíos al campo, cosa habitual, los recuperaba para mi solaz. Con ellos y alguna caja de cartón, las de zapatos eran las mejores sin duda, construía fuertes, empalizadas y cercas, para el desarrollo de los juegos y representaciones, que en el ámbito doméstico, ocuparon buenos ratos proporcionándome divertimento.

Más atrezo requería el asunto cuando en escenarios exteriores, de organizar aventuras se trataba. Eran nuestros juegos de rol, ¿o acaso creen los mojígatos de ahora que los han inventado ellos? Había que equiparse con los pertrechos necesarios; el arco y las flechas, aunque fueran de rudimentaria fábrica y mayormente impracticables, eran fundamentales. Y las plumas..., las plumas imprescindibles por

favor. Si alguno de nosotros había tenido la suerte de unos generosos Reyes Magos las últimas Navidades, pudiera ser aún conservara un revolver medio pasable, o un rifle; el no va más, como uno que tuve con percutor y todo que me dio mucho “juego”, aunque a mí siempre, en realidad, me gustó más hacer de indio -y de vez en cuando el indio-, si bien en cualquier caso solía tomarme muy a pecho mi papel. Y también de caballo, por exigencias del guión naturalmente, pues relinchaba como nadie,....., hasta que me operaron de las anginas. A partir de entonces “Garganta Rota” hubiera sido un nombre mas que apropiado para mi, representando al Gran Jefe, ¡que bien lo hubiera hecho!, pena, no se nos ocurriera entonces a ninguno. La mayoría de las veces los posibles y la imaginación de cada uno delimitaba la militancia, el personaje o el papel asumido; ¿para qué más complicaciones?

Había un lugar predilecto para nuestras trifulcas. Próxima al caserío, una empinada ladera presentaba las mejores credenciales. Algunos pimpollos y abundante matorral hacían óptimo el terreno para las escaramuzas; y las cuevas, porque también teníamos cuevas. Resto de antiguas canteras, en su interior más profundo proporcionaban refugio a colonias de murciélagos. Pobres bichos aquellos, cegatos e indefensos a las luces intrusas, sufrían la constante invasión de los aventureros de turno. Sobre todo de algunos de algo más edad que nosotros, que gustaban de frecuentar las cavas y tras la razia torturar a los incautos animalitos que caían en sus manos. Con esa injustificable crueldad de la que en tantas ocasiones hace gala la chiquillería, con el Puche y el Trole al frente, disfrutaban apresando algún ejemplar y tras clavarle en cruz con la alas extendidas, sometido, colocaban al singular mamífero un pitillo encendido encajado en su boca a modo de tapón, no quedándole otra al desdichado que fumar como un cosaco, echando humo por todas partes. No me gustó nunca el espectáculo, que procuré eludir siempre que pude, ya que no evitar, pues donde hay patrón no manda marinero.

También fueron escenario aquellas cuevas de guerras de más calado. Las conocidas “pedreas”, ya que en mi pueblo, uno de tantos de dos alturas crecido entre los altozanos castellanos y al igual que en “las de nuestros antepasados”, también existían disputas. No eran raras las contiendas entre ambos bandos. Esto era cosa de los hermanos mayores, ya en ocupaciones y tareas mas cualificadas que las nuestras y en un eslabón de edad superior al de los torturadores. El lugar del encuentro, las laderas y resaltes existentes entre ambos barrios; la estrategia, dar su merecido al enemigo; la táctica, el amedrentamiento constante y las armas, las piedras, que unos a otros se arrojaban sin piedad. Solían ganar los de arriba, que aparte de mas tercios, jugaban con ventaja, pues es sabido y además pura física, los

pedruscos viajan mejor hacia abajo y por que, según se dice, todo lo que sube acaba por bajar.

Ahora respiro hondo, estoy más tranquilo, no me ha costado tanto. Si hubiera tenido papel y lápiz a mano quizá hasta lo hubiera escrito..., por si acaso, aunque si lo pienso, no creo que hubiera sido capaz. Hace mucho que no manuscibo, perdida la costumbre tantos años sobrevolando el teclado del ordenador, hasta casi olvidar el placer del tacto y del suave deslizar de una buena pluma... Tal vez otro día lo intente de nuevo. Las dos cosas.

Ángel Capellán de la Cruz, profesor (*Primer premio del 3º grupo*)